

veniencias sin cuidarse, en ningún caso, de las circunstancias de los hechos.

—¡Oh, moi je m'en fiche!

Esto lo podía decir Teodero luciendo su repertorio de frases extranjeras. Martín casi que decía lo mismo. Pero D.^a Carlota ya era otra cosa.

Se murmuraba. Las comadres de la vecindad, la portera, una beata que vivía en el cuarto piso.... ¡infames!... llegaron a decir que D.^a Carlota, sí, que D.^a Carlota trataba de atraer a Martín para su hija. Y todas aquellas lenguas groseras, insultantes, para herir más en lo vivo, compadecían a Martín (un mozo muy guapo, de gran provecho, que hablaba en el Ateneo), caído en las redes de aquella viuda que buscaba buena colocación para su hija.

Cuando D.^a Carlota, con toda la prudencia debida, le dijo todo lo que se murmuraba, Martín sintió que le subía a la cara la indignación, y luego tuvo miedo, porque previó las consecuencias de aquello. Y, en efecto, vinieron. La madre apuntó los motivos, premiosa en el decir, sintiendo sobre su alma aquel paso á que se veía forzada por las conveniencias sociales. Martín protestó, pero hubo de ceder. Quedó convenido: regatearía las

visitas; dejar de ir del todo, nunca (eso no lo exigía D.^a Carlota), pero alargar los plazos. Martín cedió, no sabiendo aún cómo se llenaría aquel vacío que de pronto se le mostraba en toda su fuerza. ¿Qué haría él si no iba a ver á Esperanza?

Y luego le asaltó una duda: con aquella ausencia forzada, aquellas intermitencias de idilio, ¿le olvidaría ella poco á poco, faltándole la costumbre del cariño repetido diariamente?

¡Oh, y cómo odiaba al mundo Martín!

IV

Sin embargo, iba haciéndose práctico.

Aquella felicidad, tan á su gusto, le había engrandecido, despertando en él todos los deseos y las inspiraciones de hombre que llevaba escondidas tras los sueños de poeta. Pensó en el dinero, el dinero, que es la base de constitución de las familias; y formó planes en punto al modo de ganarlo lo más abundantemente posible.

En el *consejillo* estaban admirados.

—¡Hombre!—decía Teodoro.— Estos filósofos cuando despiertan son terribles. Ahí lo tenéis hecho un positivista de tomo y lomo.

33107

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. LYES"
MONTERREY, MEXICO

Pero al fin un *bourgeois*. De seguro que esos instintos plutócratas te los ha infundido tu *bourgeoisie*.

—¡Ah, la *bourgeoisie*!—exclamaba Rico, siempre leyendo una novela de Zola.—¡Qué asco!

—Pues claro,—añadía el mediquillo;—la clase media está perdida.

—¿Y tu aristocracia?—preguntó Martín.

—Perdida también,—dijo Teodoro riendo escépticamente;—pero no tanto.

—Eso es, no tanto,.... repitió Rico.—Y si no leed á Zola. Aquí está la verdad.—Y enseñaba el tomo descuadernado, sucio del manoseo continuo.

Martín sonrió ligeramente. Había leído á Zola mejor, de seguro mejor que aquellos señores, y sabía á qué atenerse.

—No es esa la cuestión,—dijo;—la cuestión es que voy á mandar á paseo mi vagar de libros. Porque creedme que, así como hay una holgazanería de no hacer nada, hay holgazanería de hacer mucho que no sirva para maldita la cosa.

—Exacto,—apuntó Teodoro por decir algo.

—Digo,—siguió Martín,—que yo he estudiado bastante, pero por rutina, así como el peón de albañil que construye á destajo. No

ha dejado de servirme eso, pero sólo como preparación. Desde hoy menos discursos, menos novelas y un trabajo constante dirigido á un solo punto.

—Por el camino más corto,—dijo Teodoro.

—Créeme: no gastes las fuerzas.

—¡Gastar! Si las necesito todas. Figúrate que esto del derecho me apesta. Pero es mi porvenir: apechugaré con él, y vamos andando. Derecho y nada más; y en cuanto alcance un puestecito en cualquier lado, lo mando al diantre. Ya podré entonces desenvolver ampliamente mi actividad.

—¡Buenísimo!—exclamó el mediquillo.—Haz como yo. *Je m'en fiche* de la medicina. Me servirá de escalón. Pero ante todo la vida práctica, dinero, y.... conocer el mundo. ¿No es verdad, Rico?

—¡Ah! ¡Por supuesto! Correrlo como la Faloise, que iba á París á completar su educación.

—¿La Faloise, Hector la Faloise de *Nana*?—preguntó Martín.

—Sí.

—No es eso. Para conocer burdeles como el teatro de Bordenave, siempre hay tiempo. Lo que yo quiero.... ¡Bah! Si no habéis de entenderlo....

—Sí, entendido,—dijo Arias, que acababa de devolver *La Ilustración* y estaba muy ocupado en hacer caramelo con un terrón de azúcar robado á Teodoro. Y recitó:

Pienso, cual tú, que una oda sólo es buena
de un billete de banco al dorso escrita.

Y mientras Martín protestaba, cambiando de poesía dijo más alto, pero sin dejar el caramelo, que no concluía de cuajarse:

¡Qué hermoso es, cuando hay sueño,
dormir bien.... y roncar como un sochantre....
y comer.... y engordar.... y ¡qué desgracia
que esto sólo no baste!

—Pues por mí,—observó Teodoro, encogiéndose de hombros,—no hay más.

—Y yo digo que sí hay más,—replicó Martín.

Y sí que lo había para aquella cabeza joven, dotada de un gusto artístico admirable, pero que gastaba toda su fuerza en cosas pequeñas, juegos de imaginación brillantes y superficiales. Por entonces, empezó á cambiar. Volvió á sus primeras tareas de filosofía, procurando educar el pensamiento rebelde, dominado por el impresionalismo meridional. Comprendió, y se esforzaba por ver cada día más claro, que los libros no eran sólo material para idealizar,

ni servían sólo para cumplir rutinariamente en clase. Era preciso sacar de ellos algo de provecho, algo serio, encarrilar las lecturas para llegar á las grandes concepciones realizables. Nada: se concluyó el soñar. Ahora iba á estudiar para sí, para coger un buen puesto en cuanto acabase la carrera, para ser hombre de mundo, no un soñador. Con sueños no se come. Además, estaba cansado de tener ideas y más ideas y dejarlas escapar sin aprovecharlas.

Con el mismo entusiasmo que en otro tiempo las novelas, emprendió los libros serios, saliéndose de la disciplina escolar, leyendo obras que ninguno de nosotros conocíamos ni de consulta, consumiendo el tiempo sobre aquellos volúmenes de impresión estrecha, severa como sus doctrinas. A menudo, en descifrar un párrafo de alta filosofía estaba Martín horas y horas. Y sudaba, hacía esfuerzos, entreteniendo su impaciencia con mascar algún tabaco, en cuyas nubes de humo se envolvía para meditar los problemas de derecho natural. Algunas veces, de noche, después de cenar, venía por mi casa. Llegaba fatigado, cansados los ojos, con ojeras, pero satisfecho, rebosando felicidad.

—¡Ah! ¡Me voy curando!—decía.—Eso cues-

ta al principio; créeme que cuesta la disciplina del pensar. Eso de estudiar siempre lo mismo.... Pero no hay remedio. Es el modo.... No se puede soñar. Hay que ser especialista en la ciencia y trabajar en sólo aquello que es nuestro terreno. Me voy acostumbrando, chico. De ésta salgo un jurisconsulto en vez de un poeta del derecho y de la vida, como llevaba trazas.

Y Martín reía, manoseando mis libros, escudriñando los estantes en busca de algún tomo, de los que yo había comprado últimamente, que pudiera servirle.

Los domingos llegaba siempre muy temprano, tanto que me encontraba en la cama.

—¡Arriba!—decía.—Vamos á almorzar al Jardín Eliseo. Hoy es fiesta. Al diantre los libros. No más libros hoy. A ver la vida. Esta noche vamos á la reunión de las de Torres. Hay que verlo todo y vivirlo todo, que dicen los krausistas.

Y él tomaba muy por lo serio aquel axioma, creyendo que en sus desahogos del domingo, visitando siempre los mismos sitios y conociendo una reducida esfera de la sociedad, adquiriría aquel baño saludable de lo *real* en toda su plenitud. Algo nuevo iba viendo de seguro, y su talento claro, de un poder intui-

tivo é inductivo formidable, adivinaba más de lo que veía, y sacaba doble provecho de las cosas que otro cualquiera. Iba adquiriendo el tacto de la vida diaria.

Yo gozaba observando aquella inteligencia brillante que salía poco á poco de su estado embrionario, de aquel dominio excesivo de la imaginación, é iba tendiendo á resultados positivos, á ideas firmes, ciertas, de consecuencias para la educación del espíritu. Lo ocurrido á propósito de las teorías literarias del naturalismo, hubo de repetirse con la filosofía del derecho. En un tiempo relativamente corto, Martín se asimiló todo lo fundamental de la doctrina, es decir, las primeras bases, y pudo hablar de ello sin desbarrar gran cosa. A menudo sí que idealizaba en la materia, buscando lazos de unión entre las doctrinas, adivinando paralelos, lanzándose á divisiones é hipótesis. Luego, de pronto, se calmaba.

—¡Ah, esta loquilla!—decía señalando su cabeza.—¡Y cómo danza hasta en lo más severo!

Cierto día me vino con un pensamiento que quizás, sin él darse cuenta, era la expresión mejor de su estado y de sus ideas.

—A menudo, los hombres,—dijo,—y de eso tiene la culpa nuestra educación, así que

poseen dos ó tres ideas, prendidas malamente, de tal ó cual ciencia, sin digerirlas ni fundamentarlas, se dan á volar que es un primor, como si ya hubiesen agotado el campo de estudio; y sucede lo que no puede menos de suceder cuando falta *lastre*: que se tuercen y caen á lo mejor.

Luego pareció resumir su pensamiento añadiendo:

—A mí me falta *lastre*.

Y pugnaba por reducir la imaginación rebelde, enemiga de lo metódico, de lo ordenado, de las preparaciones largas, y apasionada de lo brillante, lo rápido, lo improvisado, que no pide la consunción de una juventud sobre las hojas de los libros. Yo veía sufrir á Martín, pero poco á poco aquello le iría costando menor esfuerzo. Todavía se aburría de ciertas *profundidades* filosóficas; pero la misma facilidad de generalizar que le distinguía, abriéndole horizontes hasta entonces ignorados, le encariñó con aquellos estudios. Su alma de poeta encontró allí mucho donde apacentarse. Empezó á comprender cosas que solo había visto como intuiciones. Sus mismas ideas sobre el arte se fundamentaban.

¡Oh! ¡Martín no sería un Raimundo como el de *Lo prohibido!*

V

La corriente idealista y romántica de aquel carácter meridional que tenía todas las vaguedades del norte, no encontrando ya salida amplia y desembarazada en los actos ordinarios de la vida, se rehinchó concentrándose en el rinconcito de felicidad que era, á la vez, la ilusión y salvación de Martín.

Desde que D.^a Carlota le advirtió de las habladurías del vecindario, Martín apenas si iba por allí tres veces al mes. Por lo demás, todas las tardes, sobre el anochecer, á tiempo que Esperanza salía al balcón, pasaba él por la acera de enfrente, siempre de prisa, como temeroso de que lo vieran, y saludaba con una ligera inclinación de cabeza que ella contestaba con una sonrisa. Pero las cosas no podían continuar así. Martín sentía que las confesiones, las palabras de amor, los párrafos hermosos de entusiasmo que ahora quedaban en idea, sin poder ser dichos, sin poder murmurarlos al oído de la mujer querida, le ahogaban, formando como un gran peso, allí, sobre el corazón.

¡Cómo! ¡Aquellas indecentes de comadres habían roto su idilio con la murmuración! ¿Y

él iba á quedar así, amontonando silencio, guardándolo todo, sin gustar el dulce coloquio de las almas, esas conversaciones sin método, sin orden, que son el goce de los amantes, y en que se analizan los caracteres tales como son en realidad, saliendo todo lo hondo por la fuerza de las palabras, en el abandono de la intimidad? No. El no se resignaba á eso. Y llevó toda su influencia á obtener de Esperanza que se hablasen por el balcón, muy de mañana, por la noche, cuando ella quisiese, con tal que pudieran hablar.

Ella se resistió. El pudor natural de la mujer le golpeaba el rostro con olas de vergüenza. No, no es que dudase de Martín: tenía en él completa confianza. Pero aquella novedad de encontrarse á solas con un hombre, el hombre amado, en la soledad de la noche, tan cerca... Además, ¿y la mamá? ¡Oh! ¡Lo que es á ella si que la temía Esperanza! ¿Qué diría la mamá si descubría aquello? ¿Y si los sorprendiese? De ninguna manera: que no pensase Martín en semejante cosa: no podía ser.

Martín se esforzó, puso en juego toda su elocuencia que el sentimiento hacía más natural y más subyugadora: dijo de tal modo aquellas penas del silencio que le consumían, supo expresar de tal modo el cariño hacia aquella

niña que adoraba en él, que Esperanza, por fin, accedió. Sí: se hablarían por la noche, á las once, á las doce...

Martín no pudo recabar la hora fija; porque D.^a Carlota les interrumpió. Pero sabía lo bastante.

Entonces comenzó aquel *dí*o magnífico, tierno, sublime, que fué el mejor período de los amores de Martín. Envueltos en la semioscuridad de la gran calle, desierta á las horas aquellas; protegidos con su silencio que aun hacía más solemne el susurro monótono de los árboles de la alameda movidos por el viento, se desenvolvía, amplia y sin rebozo, la conversación íntima, poética, en que por primera vez se unían dos almas llevadas una á la otra por el oculto lazo de la simpatía. Esperanza, sentada en un taburete bajo, procurándose ocultar con los hierros del balcón ó tras la persiana caída, oía sonar, á poca distancia de ella, la voz dulce, apasionada, vehemente, de aquel hombre cuya superioridad intelectual comprendía y le subyugaba. Esperanza no sabía que era aquello; se sentía dominada por la ternura sin límites, por el prestigio de cultura que se escapaba y difundía en las palabras todas de Martín. Adivinó en él, sin poder discernir por completo la idea, un hombre de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

gran valor intelectual, que sentía mucho, que sabía mucho, y que decía las cosas de un modo tan perfecto ¡ah! tan perfecto, que á veces se le escapaba á ella el sentido. Y oía, sin respirar apenas, las confesiones íntimas de Martín, aquel sondear intenciones y sentimientos que á él le complacía tanto; y sin mirarle, con los ojos en vago, recogiendo las entonaciones variadas de su voz de hombre, llena, pero suave, como laminada, creía tener á su lado un algo superior, grande, un ser que venía en muchas pulgadas á todos los que ella había conocido. Esto la envanecía un poco; y suavemente, con toda ingenuidad, por lo mismo que apenas se daba cuenta de ello, fué ella también desdoblando su alma, manifestando su carácter muchas de cuyas cosas no entendía, sorprendida de esas contradicciones, de esos titubeos y anhelos extraños que son el cortejo de la adolescencia, en el periodo de la vida en que se van las credulidades y las inocencias de niño y se dibujan vagamente las verdades del mundo.

Martín, sonriendo, satisfecho de la confianza, de la intimidad recibida, de ser él el confesor y como el descubridor del carácter de aquella niña que apenas se advertía de sus ideas de mujer, le explicaba las dudas, le

aclaraba los pensamientos, las contradicciones aparentes, ayudándola á expresar lo que sentía como un médico ayuda al enfermo á que indique los síntomas, con la experiencia que él había adquirido, mitad sobre sí propio, mitad generalizando lo que en los libros aprendiera. Y después de tales excursiones al campo de una psicología primeriza, volvía al himno ardiente, sublime, nunca agotado, del amor, cuya expresión cambiaba al infinito, en cuya poesía se desbordaba ricamente la imaginación de Martín, poniendo á contribución todos los accidentes naturales que se le ofrecían, aprovechando cualquier cosa: la luna que allá arriba rodaba su disco pálido, el silencio de la noche que les envolvía, y, á veces, el rumor armónico de la música que, allá bajo, en la plaza más cercana, tocaba celebrando una fiesta ó simplemente para dar motivo de distracción al vecindario, que ya se había acostumbrado á los conciertos domingueros.

A menudo Martín, subiendo de idea en idea á sus altas concepciones idealistas, tocaba la esfera de las grandes teorías estéticas, olvidándose de que hablaba á una mujer, llevado del afán de decir lo que sentía, enderezando su inspiración del momento hacia su amor vago pero fuerte á la belleza toda, eterna, de

todas las cosas, como él repetía no sabiendo expresar más concretamente lo que sentía.

Entonces, hablando del hermoso sueño del *drama lírico* de Wagner, de la grandiosidad olímpica del pensamiento de Goethe; tocando como por incidencia los diós sublimes de Fausto y Margarita, de Tristán é Isolda, y volviendo luego á la idea pura de la belleza, arrebatado, en un principio de obsesión, expresando ya las ideas, que aparecían tumultuosamente como ráfagas brillantes, con medias palabras, voces ahogadas, gestos, gritos; en medio de aquel delirio que le producía fiebre, veía Martín chispear la luz radiosa, fulgurante, de aquellos ojos negros, magníficos, que le miraban con admiración, que procuraban sondearle el pensamiento, adivinarlo, comprenderlo y unirse con él. ¡Ah! Sí. Podía estar seguro. Esperanza le comprendía, encendía en su entusiasmo de hombre instruído el entusiasmo indeliberado de mujer que sentía fuerte y bien; y sin entenderlo del todo, se dejaba arrastrar por aquellas oleadas de la idea de la belleza, que llevaban á los dos, en arrebató embriagador, por el mundo de la idealidad pura, envolviéndolos en abstracción ideal inmensa, que era casi un misticismo sin diós definido.

De pronto se detenía Martín fatigado, agotadas las fuerzas con aquella gimnasia intelectual sin regla ni medida, y quedaba jadeante, con la boca seca, la cara medio congestionada, mirando á Esperanza que respiraba fuerte como quien ha detenido largo rato la respiración.

Entonces, por declinación natural, venían á los detalles pequeños, insignificantes, de la vida diaria. Hablaban de la mamá, de si impediría aquellos amores; y luego de Merceditas que crecía á toda prisa, enriqueciendo su charla con vocablos nuevos, sorprendiendo todos los días con alguna gracia de esas que hace tan amable la edad primera de los niños. Insensiblemente iban llegando á la idea de su casa, la casita propia que ellos tendrían, bien arreglada, tranquila, elegante; y Esperanza desenvolvía su plan de ama, sus teorías domésticas, su método de vida, entusiasmando á Martín con aquel cuidado, aquel tacto que ponía ella en el arreglo imaginario del hogar futuro.

A la idea de que D.^a Carlota pudiera sorprenderles, no prestaban gran atención. Esperanza estaba segura de que dormía: la había visto acostarse después de arreglar la camita de la nena. Esperanza dormía en una alcoba

de al lado, que tenía comunicación con el gabinete. Así es que escapaba muy bonitamente en cuanto estaba segura de que mamá dormía; y hacía esto con miedo, asustada de aquel engaño que á ella le parecía gravísimo delito; tanto, que en los primeros momentos Martín tenía que derrochar elocuencia para tranquilizarla.

Un día, á prima noche, estuvo á dos dedos que no los descubriesen. Esperanza estaba en el balcón, aguardando á que la llamasen para cenar. Estaba sola. Martín pasó, se detuvo y empezaron á charlar. Hubo un momento en que se olvidaron de todo, figurándose que eran las doce de la noche. De pronto sonó un ruidito á espaldas de Esperanza, en la sombra de la habitación á oscuras. Hubo un movimiento rápido: Esperanza, que gritó, apagando la voz:—¡Vete!,—y él que se separó del balcón como si continuase su paseo de todas las tardes. Fué en balde: allá arriba, por entre los pies de la joven, apareció el gato, un gatito blanco que servía de juguete á la niña; y tras él, en seguida, Merceditas, que se posesionó al momento del animal sin huida ante los hierros del balcón. La nena vió al momento á Martín y gritó:

—¡Tete!

El hizo como que no oía, pero la otra seguía chillando, sin soltar el gato que mayaba suavemente.

—¡Tete, tete!

Martín no pudo resistir. Había en aquel llamamiento de niña algo dulce, cariñoso, que le seducía como si la voz de un hijo, que él soñaba, le atrajese. Volvió á su sitio, bajo del balcón, preguntando á la nena:

—¿Qué quieres?

Y ella, riendo de ese modo franco, envidiable, de los niños, le enseñó el gato, todo pintado de rojo con almagre del que la criada había traído para pintar las portezuelas de la carbonera. La sorpresa y el miedo de haber sido descubiertos se deshizo entonces en una carcajada doble, sonora, provocada por la travesura de la nena. Esperanza, queriéndose hacerse la formal, la riñó.

—¡Mire V. que estaba bonito eso de pintar al pobre Minín! ¡Y digo, ensuciándose toda! ¡Ay, qué habero se había puesto! ¡Si estaba toda ella sucia de almagre!

Pero la niña miraba con unos ojillos tan picarescos, sonreía tan satisfecha de su gracia, que Esperanza no pudo menos de cogerla y continuar la riña besándola.

La cosa terminó con la aparición de doña

Carlota. Le contaron el hecho, y entre las risas y el enfado se tapó perfectamente la presencia de Martín, «atraído por las risas de la nena cuando precisamente se retiraba á casa.»

Y sin embargo de tan natural tapujo, aquellos dos muchachos que eran en muchos puntos casi dos niños, hablaron con el temblorcillo nervioso del miedo, viendo en el descubrimiento de sus amores la peor de las desgracias, el rompimiento de la *ilusión del misterio*, que era un aperitivo muy gustoso á sus aficiones románticas, hijas del prepotente y desequilibrado desarrollo del sentimiento, faltar de la experiencia de la vida.

VI

Esperanza tenía buen talento natural. Aquella niña cuya educación no había podido ser, como en la mayoría de las mujeres, plena ni suficiente á desarrollar todas las facultades innatas y á educir todas las energías potenciales, y que á más de esto era una niña, dejaba escapar sin embargo, á través de la capa tradicional y uniforme de la mezquina instrucción que se da á las señoritas, luces vivísimas de intuición que le hacían adivinar mu-

chas cosas de que nunca le habían hablado, pero que, no sabía por qué, no le llegaban de nuevas. El mejor beneficio que le produjera su educación de colegio (allá cuando aun vivía su padre estuvo la niña en una *pensión* francesa) fué despertar su actividad, hiriendo el amor propio. Esto podía haberse descarriado en el prurito inconsciente de castigar la memoria con adquisiciones repetidas y sobrecargadas, traídas solo al intento de ser la *primera de clase*. Pero por una tendencia que tal vez era instintiva, Esperanza llevó á sólo un punto todo aquel orgullito de perfección. Le dió por ser mujer práctica, por estudiar algo de la vida y de las cosas de la vida, y sobre todo, por saber los oficios manuales de la casa, el arreglo del hogar, los mil pequeños trabajos y faenas que componen el heroísmo diario de la mujer. Lo que es en eso no había quién le pusiese el pié delante, ni ella lo hubiera consentido. Luego, como desahogo de aquella educación práctica (que la llevó á leer algunos libros de educación, de los que no entendió mucho por aquel entonces), todo lo ideal y vago de la mujer del mediodía tuvo amplio desarrollo en la música. Lo que es la música, la adoraba Esperanza, y en esto tampoco consintió que le pusiese el pié delante

ninguna de sus condiscípulas. Decididamente tenía su orgullito Esperanza.

Fué así llevada á una concepción de la vida que le pareció la más normal y perfecta. Según ella, el fin de toda mujer (como el de todo hombre) era distinguirse de la multitud, ser superior al *vulgo* (creía en el vulgo), distinguirse y brillar por encima en cualquier orden á que se dedicase la persona. No, no estaba ella por las medianías, y eso que bien sabe Dios si ella, con grave dolor, se creía algo más que mediana en todo; pero á lo menos opinaba que era cobardía cejar, que había que luchar siempre para vencer alguna vez. Allá al fin, quizás todo ello no tuviese otro resultado que halagar el *amor propio*: en esto de *finés* no ahondaba la chica; pero lo que es en los medios, estaba decidida, á conciencia. Eso de si era bueno trabajar para saber y sólo por la satisfacción del trabajo, no lo había reflexionado mucho; pero que se debía trabajar, eso sí.

El roce íntimo y continuo con Martín, abriéndole nuevos horizontes y dándole el espectáculo desconocido del carácter, las ideas, las ambiciones de un hombre, avivó en ella toda la concepción de la vida que se había formado. Desde que salió del colegio, no se acordó de

semejantes ideales, si no es en ciertos momentos de reflexión algunas noches, cuando, desvelada, entretenía el aburrimiento de no dormir pensando en mil cosas que se le ocurrían, ó recordando con cierta fruición lo poco que había visto ó adivinado de la vida y de la sociedad. Lo demás del tiempo lo empleaba trabajando, llevando al *terreno de la práctica*, que diría Rico, aquellas ideas, con el aplomo de un profesor que vive acorde con su sistema de filosofía, del que, por otra parte, suele no acordarse, como tal sistema, hasta que lo ha de explicar á los otros.

Martín hizo revivir en ella aquellos planes de colegio. Vió Esperanza en él un hombre de excelentes aptitudes para ser algo de provecho en la vida. Más aún: creyó que ya lo era, deslumbrada por el brillo engañoso de aquella oratoria que en Martín disrazaba no pocas veces, sin querer hacerlo, la falta de consistencia é intensidad de las ideas. Cuando él, á los comienzos de su cambio de vida y de método de estudio, le hizo ver de ese modo brusco, despiadado, del que abandona un ideal y se acoge á otro, todo lo falso é insuficiente de la instrucción extensa (no muy extensa tampoco) pero superficial, inarmónica, que daba el Estado, Esperanza sufrió una decepción. Pero

Martín le supo hablar tan perfectamente de sus propósitos de corrección, de su educación nueva, práctica, completa, «estudiando los libros y la vida», que iba á procurarse: en los libros siendo especialista, porque eso era preciso para saber algo, y en la vida dando amplio desenvolvimiento á todas las facultades, á la actividad plena, bañándose en el aire sano de la *realidad toda*, dejando un poco de ser retórico para llegar á ser hombre; que Esperanza, sacando de todo aquello la conclusión más positiva, se entusiasmó igualmente y vió las aptitudes de su amigo en camino de ser lo que ella se figuró que ya eran. No lo eran aún, pero podían serlo, llevadas al resultado final de la creación de una familia («deber de todo ciudadano»), á la que había de procurar vida desahogada merced al trabajo del padre y de la madre.

En este punto llegaron á unirse y á identificarse las dos voluntades y los pensamientos de Esperanza y Martín. Para ella era la tal cuestión la única en cuyo estudio había empleado su inteligencia, que por este lado tenía un desenvolvimiento sin proporción comparado con otros aspectos de la vida.

Para él era la idea dominante, la obsesión del momento, que llegó á ser afanosa, como

queriendo recuperar el tiempo perdido en pocos días, temeroso de que se le pasasen los años.

Y entonces comenzó la labor común de aquellos dos chicos, que eran chicos en todo, pero que en tocando aquel punto alcanzaban una seriedad asombrosa. Discutían friamente, con todo aplomo, los métodos de estudio; criticaban las universidades: él muy ufano de ciertos puntos de vista que le venían de nuevas y le parecían superiores, ella entusiasmada con todo aquello, aún sin comprenderlo mucho, pero afanosa de empujar la labor, viendo á su final la casita propia que se dibujaba con toda la frescura y todos los atractivos de una *casa nueva* en que ella, Esperanza, había de realizar todo su plan de vida mesurada, práctica.

Volvió á leer alguno de aquellos libros que leía en el colegio: allí estaban los estudios de Sofía Tartilan, los cuadros de la Beecher-Stowe, y, sobre todo, los libritos de D.^a Concepción Arenal que le llevó Martín, entusiasmado con la lectura de ciertos escritos de la autora. Varias cosas de aquellas resultaban manjares muy fuertes para Esperanza; pero ella aguantaba el aburrimiento de la no comprensión; sostenía la atención continua sobre aquellas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625-MONTERREY, MEXICO

páginas que Martín se cuidaba mucho de aclarar, no dejando que ella se hundiese en un «limitado punto de vista que la hiciera desconocer el valor de otras ideas.»

Con esto llegaron á ser los dos, más que amantes, compañeros de estudio, que se animaban mutuamente al trabajo, como si trataran de obtener pronto, el uno, una notaría, y el otro cualquier plaza oficial bien pagada.

Para Esperanza, llegaban momentos en que el espejismo de la próxima felicidad, de la creación de aquel hogar «que no llegaría hasta que él fuese *un hombre de provecho*,» la hacían idealizar por todo lo alto, queriendo que Martín fuese mucho, un genio quizás:

—Sé un genio,—decía, creyendo que eso de ser genio era como recibirse de abogado.

Y ya se veía ella triunfante, con el orgullo de ser la compañera de un hombre superior, á quien todos respetarían y señalarían como ejemplo de notoriedad científica.

Por aquí asomaba la oreja el romanticismo.

Ya en ese punto; aparecía *el otro lado* de amantes; y volvían los párrafos apasionados, las pinturas ideales, los trozos de poesía lamartiniana que cantaba Martín en frases brillantes, mezclando y haciendo una misma cosa de su amor y de sus nuevas ambiciones.

Ese enlace que habían llegado á establecer ambos, lo vi palpable algunas veces en casa de Martín. A menudo lo encontraba estudiando fervorosamente, y teniendo ante sí, sobre el pupitre, la cajita de raso verde en que guardaba los objetos que Esperanza le había dado (las flores, los lazos de cinta, todo el repertorio que es del caso), gozándose en aquella extravagancia romántica que el legitimaba diciendo:

—Esto me anima al estudio. Bellini trabajaba teniendo á un lado un zapato de su amante.—Y sonriendo, añadía:—Verás: voy á pedirle un zapato, un zapatito muy mono, de doradillo, del par nuevo que estrenó el otro día.

Y siempre así.

VII

Decididamente, Martín se iba haciendo *un hombre* en toda la extensión de la palabra. Poco á poco se desprendía «de aquel manto brillante, pero falso» con que su imaginación meridional, impresionable y colorista de suyo, ataviaba las cosas sin darles más que un baño reluciente de pintura en la superficie. Todo eso desaparecía: á fuerza de trabajo, en que

ayudó la excelente condición intelectual de Martín, iba notándose, por bajo de aquella costra de ligereza y retórica que él creyó por mucho tiempo lo más útil del mundo, el hombre sério, perfecto, que trata de ser algo útil, de atesorar ideas y no derrochar palabras, de saber por fin alguna cosa de un modo completo y profundo. Los pruritos de *experiencia de la vida* que acompañaron á esta nueva dirección intelectual de Martín, le llevaban á frecuentar las reuniones, los casinos, los paseos, en tanto que se lo permitía el poco vagar que él se diera; y en ellos, á propósito del menor incidente, se enteraba de todas las particularidades que antes pasaban inadvertidas para él. Nada: que constituía ya una obsesión aquel deseo de educarse prácticamente, como él decía, sin poder renunciar á la comedia de *hacer frases*. Martín había llevado á este propósito todo el ardor y el entusiasmo todo naturales á su temperamento, que se impresionaba enseguida, sublimando sus deseos y enamoramientos.

Esto se trasparentaba y se hacía notar muy bien allá donde iba Martín.

El *senado* del café de Santa Catalina estaba en decadencia. Poco á poco los chicos habían ido terminando sus estudios y abandonando la

vida estudiantil. Del *consejillo*, aquel año únicamente permanecían Teodoro, Arias y Martín, todos tres próximos licenciados en el inmediato julio. Rico Muñoz se había trasladado á Barcelona, con harto sentimiento de sus compañeros. Aquellos chicos que se veían cercanos al fin de sus respectivas carreras, lentamente, sin advertirse de ello, adquirían cierta seriedad creciente, como satisfechos de tirar á un lado la disciplina de las aulas, y orgullosos por otro de la significación pública en que se encontrarían una vez los echasen á la calle con la hornada nueva de licenciados.

—¡Ea, señores! ¡A bandeárselas tocan!— decía Teodoro.—Ahora sí que hay que apretar los puños. Se acabaron las clases y empiezan de veras los apuros, *la lucha por la vida*.

—Inevitable,—observó Arias,—porque como dijo el poeta,

sólo es merecedor de la libertad y la vida
el que cada día sabe conquistarlas.

Esto lo había leído Arias en cierto libro que no decía quién fuese el autor. Arias suponía que un francés.

—¡Quita allá!—clamó Teodoro.—Sentencias así no vienen más que de los alemanes.

—O de los ingleses,—dijo Martín, que defendía la sociedad inglesa por lo *práctica*.

—Bueno,—siguió Teodoro, algo cortado de aquella observación.—Aunque no vayas tú á figurarte que los ingleses son así el *non plus ultra*...

—¿Qué no?—interrumpió el otro.—Te puedo citar un millón de nombres.

—Y yo otros tantos.

Hubo un tiroteo espantoso de apellidos largos, difíciles de pronunciar, traídos á maltraer y desfigurados los más de ellos.

Arias quiso intervenir con sus conocimientos poéticos. Él sabía de Byron, de Longfellow, de Tennyson....

—Hombre, no: Longfellow era americano,—dijo Teodoro, que lo sabía de cierto por haberlo leído media hora antes en una revista.

—Pues tanto da.

—¿Qué ha de dar, hombre?

—Dé ó no,—dijo Martín,—es lo cierto que los ingleses son muy prácticos.

—Nadie les quita que lo sean,—afirmó Teodoro, quien, sin embargo, no estaba muy convencido de ello.

—Y que debemos imitarles.

—También.

—Y ser prácticos, sobre todo prácticos.

—Conforme.

—Y verlo y oírlo todo,—concluyó Martín.

—Cierto; pero no como tú,—observó riendo Teodoro.—¿Crees que lo ves todo yendo á reuniones cursis, festejando señoritas *burguesas*, aburriéndote en el Ateneo ó tomando café con nosotros? Hay más, algo más, mucho más. La verdadera experiencia es la vida de arriba ó la de abajo, los salones aristocráticos ó los barrios pobres, sobre todo los barrios pobres.

Allí has de ver la vida del pueblo: te educarás en las contrariedades de su miseria, en sus penas, en sus necesidades.... Es la gran enseñanza, chico.... Por lo demás, el sistema de los mejores novelistas; á tí te dió por ello hace tiempo, aunque ahora te me has hecho filósofo.... Has cambiado mucho, querido, pero mucho, en cosa de un año.

—¿Lo crees?

—¡Vaya! A la vista está. Sin embargo de tus filosofías, atiende un consejo: la experimentación, siempre por delante la experimentación. Es el gran método.

Martín hizo gran caso de aquellas observaciones del mediquillo. Desde aquel día dedicaba algún tiempo á extraviarse por los barrios pobres, respirando la atmósfera sucia, cargada de olores desagradables que allí hay; viendo cuadros de la vida del pueblo que él se empeñaba en encontrar bellos, deduciendo

siempre alguna enseñanza, aunque hubiera que mal traerla.

Aquel nuevo entusiasmo produjo un beneficio. Las aptitudes de Martín eran más artísticas que científicas, aunque muy faltas, en todo caso, del lastre de las ideas; y con la experiencia de aquellos cuadros que veía, mostrándole dentro de la ciudad un mundo nuevo, que tenía un modo de ser distinto del que él creyó hasta entonces común á todos los habitantes de la capital, fué agrandando su concepto de la vida y tendiendo á la representación bella de todo lo que observaba.

Reapareció en cierto modo su entusiasmo literario. Pero esta vez ya no era del todo infructuoso, no se diluía en chorros de palabras, en citas de autores y proyectos que nunca pasaban á ser hechos: aprovechando sus estudios de filosofía, fué Martín construyendo su criterio estético y pensó ya en escribir. Un día me vino con prospectos de una novela.

—¡Ah valiente!—le dije.—Con que dejas de ser genio pasivo? ¡Ya no te contentas con leer y admirar actores! ¡Escribes ya!

—Es preciso,—observó.—Hay que aprovechar el tiempo. Ya ves: Esperanza también lo comprende. ¡Si tú pudieras apreciar lo que me anima!

Y empezaba un canto, un verdadero canto épico en alabanza de la mujer que había encendido y atizaba en su alma constantemente el fuego santo del trabajo fructífero, la idea aquella de la *vida práctica*; concepto oscuro aún para ellos, pero que iba dando sus resultados. Empecé á confiar en que Martín sería algo mejor que un retórico, que un poeta de la ciencia. Pero, de todos modos, aquel ardor, aquel entusiasmo arrebatado, hiperbólico, que él ponía en sus mismos propósitos *prácticos*, descubrían á la legua el fondo ligero é impresionable, la prepotencia de la imaginación y la sensibilidad hijas del temperamento y la raza, aumentadas por la descuidada educación.

A veces, me confesaba su cansancio del estudio.

—El que no está hecho á bragas...—decía.
—Esta disciplina rigurosa de las ideas me es todavía muy fuerte: es comida que no digiero bien sino á fuerza de buenos propósitos. Pero confío acostumbrarme.

Eso queríamos todos: era cuestión de que no se perdiesen aquellas hermosas aptitudes en la inacción de lo incultivado.

Por eso Martín, comprendiendo su debilidad, suspiraba por un hombre, un hombre de ex-

perencia y de estudio que le guiase y le animase.

—Eso en Madrid,—solía decirme;—allí lo encontraré. ¡Y con él y mi amor... magnífico!

Y se restregaba las manos, satisfecho de aquella idea, con el entusiasmo y la confianza que prestaba á todas sus ilusiones.

VIII

Corrían malos vientos sanitarios por la ciudad. Aquel clima húmedo predispone atrozmente á las enfermedades; sobre todo á los jóvenes era repetida la predicación para ponerles en guardia.

—Cuidado con el clima; que hay mucha humedad; que los alimentos son poco nutritivos; que se enferma del pecho....

Las personas asustadizas no dejaban de regalar con tales observaciones á las familias de los pueblos, que enviaban sus hijos á la capital con el intento de hacerlos futuros médicos, notarios ó letrados y hasta seminaristas. Tales voces daban poquisimo gusto á las madres; pero es lo cierto que allí no se moría la gente, la gente joven incluso, más que en otra parte cualquiera.

De vez en cuando llegaba una de esas rachas

terrible que minan lentamente la población, pero de cuyos efectos no se hacía gran caso en fuerza de la costumbre, que ya es ley en las grandes ciudades. Una vez eran las viruelas, otra el tífus. Aquello era realmente endémico, y nadie se cuidaba de alarmar al vecino, si no es cuando la enfermedad subía de punto: entonces había inquietud por dos ó tres días, se tomaban algunas medidas de precaución; después de lo cual, todos volvían á su trabajo, como seguros de la impunidad, y continuaba normalmente el gran movimiento burgués é industrial de la población.

Pero aquel año la cosa tomaba otro aspecto. En las reuniones de confianza, y en las clínicas del hospital, algún médico solía decir en secreto que la salud pública no era muy buena. Teodoro llevó la noticia al café.

—Y ¿qué es ello?—preguntó Martín.

—Nada,—dijo el otro, tífus, fiebres cerebrales: dos ó tres cosas de que tú no entiendes pizca.

—¡Bah!

A Martín le tenía sin cuidado aquello: otras cosas le absorbían completamente. De un lado, sus estudios, la terminación de la carrera, el plan de cierta obra que le había de dar celebridad, la publicación de algunas *cosas me-*